Arte no ménos grato y necesario
Al hombre en sociedad, que al solitario.

CANTO V.

LA MÚSICA.

CANTO QUINTO.

Tú tambien á mi verso algun renombre
Merecerás, Humanidad benigna,
Que para dar al hombre
Recreacion de sus potencias digna,
La amena sociedad instituiste,
Seguro asilo de su vida triste.
Tú de la dulce Música te vales
Para estrechar la union de los mortales:
Sus costumbres suavizas, y su trato;
Y alternar sabes el descanso grato
Con los serios afanes y negocios,
Haciendo nobles y útiles sus ocios.
Ni en las ciudades, quando el cano hielo
El curso de los rios entorpece,
Y el riguroso cielo
Las inundadas tierras obscurece;
Ni en el campo feliz quando franquéa
El verde Mayo sus colmados bienes,
O el Otoño fructífero rodéa
Al Labrador de pámpano las sienes,
Permites que sus varios regocijos

Carezcan de instrumentos y de voces.
No en vano reconoces
Por los mas obedientes
Y por los mas amables de tus Hijos
A los que en Academias se congregan,
Donde á las inocentes
Delicias de la Música se entregan.
No ya las populares alabanzas
Del ruidoso teatro la concilias;
Sí de honestas familias
En el privado gremio la afianzas
Mas atencion, aplauso mas tranquilo,
Qual corresponde á un delicado estilo.
Y vosotros, incómodos Oyentes,
En quienes la discreta cortesía
Suplir la falta de aficion debía,
No con vuestros coloquios imprudentes
El sagrado violéis de la Harmonía.
Miéntras celebran ótros
Los Italianos duos,
Las nuevas sinfonías Alemanas,
Gozar debéis vosotros
El fatal canto de nocturnos buhos,
De encenagadas ranas
El ingrato graznido,
Y de tábanos roncos el zumbido;

Que á tal pena os sentencio
En nombre y desagravio
De Harpócrates: del Númen del silencio,
Que el índice extendiendo sobre el labio,
Ya la entrada os impide
De aquellas concurrencias que él preside.
Pero, al ménos, sufrid que yo describa
Parte de los primores y embeleso
De que á sí mismo, y á los ótros priva
Quien contribuye á tan vulgar exceso.

I. La urbana sociedad aficionada
A estas sonoras diversiones, quiere
La Música vocal tomar prestada
Del público teatro; mas prefiere
Duos, arias, sublimes recitados
A tercetos y coros complicados.
Lo mejor de las Óperas elige,
Siempre que un sano juicio la dirige;
Aunque cediendo á veces
Al ansia de captar aprobaciones
De pervertidos jueces,
Se engaña en adoptar composiciones
Que propagan el vicio
De los nimios adornos y artificio.
Si impropios y afectados

Son en los personages de la escena
Ya puestos en accion, y apasionados;
La razon algo ménos los condena
En la tranquilidad de los estrados,
Donde no hai ilusion que se quebrante,
Ni drama bien sujeto á lei constante.
Yo, con tódo, agradar desearía
Al auditorio que cansado un dia
De toda execucion extravagante,
Compas y afinacion sólo pidiera,
Y una expresion de afectos verdadera.
Estas son las tres Gracias naturales
Que el canto ha de hermanar; y Gracias tales,
Que en el desnudo su beldad consiste,
Y las aféa más quien más las viste.

II. Así, pues, de las obras teatrales
Casi perfecta copia
Ofrece una Academia de ordinario
En la parte vocal; pero, al contrario,
Tiene, en la instrumental, Música propia,
Que auxílios de la letra no mendiga,
Que á no sentir su falta nos obliga,
Y sin ella se atreve
A mover los afectos que ella mueve:
Porque, al fin, las dicciones

De los idiomas varios
Solamente unos signos arbitrarios
Son de nuestras idéas y pasiones;
Pero el compas y acentos musicales,
Qual signos naturales,
Tienen por sí virtud que no depende
De la interpretacion de las naciones,
De un capricho, de un uso, de un convenio;
Pues su valor se sabe, y no se aprende,
Y hablan al corazon mas que al ingenio.
Así con expresion no articulada
La instrumental sonoridad recréa.
Y como al hombre agrada
Todo lo que es al hombre semejante,
Su amor propio deséa
Que el instrumento, si es posible, cante:
Al modo que prefiere en las pinturas
Las humanas figuras
A los paises, á los bellos frutos,
Vistosas flores, y animados brutos.
De Artífice prolixo la destreza
Admiracion estéril arrebata;
Mas ¿cómo ha de empeñar, si con viveza
Los afectos humanos no retrata?
Es el moverlos principal objeto
Que el Músico discreto,

Escribiendo, ú tocando, se propone:
El segúndo admirar; y si pospone
A este segundo fin aquél primero,
Del arte olvida un respetable fuero;
Si bien, quando introduce,
Oportunos y escasos,
Con expresivos y agradables pasos
Algúnos en que luce
La agilidad difícil, nó confusa,
El buen gusto aplaudirlos no rehusa;
Porque suspenso entónces el Oyente
Con Música yá estraña, yá sencilla,
A un mismo tiempo siente
Doble impresion: placer, y marabilla.

III. Rara vez á tan útil documento
Se arreglan las sonatas, en que brilla,
Del baxo acompañado, un instrumento.
¿Quándo no las expuso
A una acumulacion de impropiedades
El arraigado abuso
De querer superar dificultades?
¿Quándo el Executor quiso prudente
Renunciar á los vanos
Aplausos de palabras y de manos
Por el silencio grave y eloqüente

De quien goza el placer, y no investiga
Si el causársele cuesta gran fatiga?
Reserve, pues, el Tocador experto
Para un êxámen, competencia, ó prueba,
La atrevida sonata, y el concierto,
En que igual fin, por lo comun, se lleva
De ostentar lo intrincado y lo admirable,
Mas que lo perceptible y lo cantable.
Pero si ambos tañidos se asimilan
Porque en su canto el mismo plan estilan,
Los acompañamientos que requieren
En carácter y número difieren.
Aquél un baxo solamente exîge,
Que entonacion y movimiento fixe:
Éste la variedad de orquesta plena,
Que propone el intento,
Que en ciertos pasos con vigor resuena,
Que en ótros acompaña al instrumento,
Y le dexa lucir de quando en quando,
Los solos y los llenos alternando.

IV. El duo á la sonata y al concierto
Cede en lo aventurado del acierto,
Siendo composicion quizá mas grata.
Distribuye y combina
Sus dos voces mejór que la sonata;

Pues si en ella la parte acompañante
Siempre se subordina
A la que es principal y dominante;
En él con igualdad ámbas proceden,
Se imitan, se rëunen, se succeden.
Mas no suele un oido acostumbrado
De la harmonía al género completo
El duo recibir con el agrado
Que le merece el trio y el quarteto.
En ellos las posturas son cabales,
Es el claro y obscuro mas sensible,
Señalados los baxos radicales,
Y la modulacion varia y flexîble.
Y aunque para el exâcto contrapunto
Basta de quatro voces el conjunto,
La música invencion y maestría
Se esfuerza en la gallarda sinfonía,
Que incluye las diversas perfecciones
De todas las demas composiciones;
Pues del ruidoso coro
Al harmónico estilo se conforma,
O yá en duo canoro,
Yá en trio, yá en quarteto se transforma.
Entre las sinfonías se señala
Un género selecto,
Cuyo agradable efecto

Tánto suele lograrse en una sala,
Quánto se malograra en un teatro.
Esto se verifica si son quatro
Las partes principales y obligadas,
De suerte que las ótras agregadas,
Aunque tal vez se excluyan,
La harmonía esencial no disminuyan.
Nombre de aquartetadas
Damos á sinfonías semejantes:
Ótras se denominan concertantes,
En que á cada instrumento
Alternativamente corresponde
Un solo de expresion y lucimiento,
Y el todo de la orquesta le responde:
Ótras, enfin, requieren dos orquestas
Que á una justa distancia se colocan;
Y aunque á públicas fiestas
Se destinan mejór, tambien se tocan
Alguna rara vez por fantasía
En las particulares concurrencias.
¡Con qué grata porfía
Ambos coros se imitan las cadencias,
O artificiosamente se dividen,
O en los mismos pasages coïnciden!

V. Y no basta que el método juicioso

Guarde los distintivos caracteres
Que las instrumentales obras piden:
Tambien amenizarlas es forzoso;
Pues nada busca el hombre en sus placeres
Como la variedad; y no hai sentido
Mas pronto en fastidiarse que el oido.
Así qualquier tocata comunmente
En tres, ó mas porciones se reparte
De estilo, tiempo, y aire diferente;
Y adaptándose el arte
A los diversos gustos, se desvela
En alternar la fuga presurosa
Con la dulce y sencilla pastorela;
O con la marcha grave
La giga caprichosa;
O el alegre minué con la süave
Canzoneta, adornada,
En sus repeticiones,
De ricas é ingeniosas variaciones:
Y tal vez una escena recitada
Al instrumento apropia;
O de aria delicada
Y de rondó gracioso el canto copia.
Fuera de estas comunes variedades,
Perenne manantial de novedades
Halla el Autor que las distintas voces

Agudas, graves, tardas, ó veloces,
De mil modos combina,
Que el Oyente suspenso no adivina.
Sólo á tu númen, Háyden prodigioso,
Las Musas concedieron esta gracia
De ser tan nuevo siempre, y tan copioso,
Que la curiosidad nunca se sacia
De tus obras mil veces repetidas.
Antes serán los hombres insensibles
Del canto á los hechizos apacibles,
Que dexen de aplaudir las escogidas
Cláusulas, la expresion, y la nobleza
De tu modulacion, ó la estrañeza
De tus doctas y harmónicas salidas.
Y aunque á tu lado en esta edad numeras
Tantos y tan famosos Compatriotas,
Tú solo por la Música pudieras
Dar entre las naciones
Vecinas, ó remotas
Honor á las Germánicas regiones.
Tiempo há que en sus privadas Academias
Madrid á tus escritos se aficiona,
Y tú su amor con tu enseñanza premias;
Miéntras él cada dia
Con la inmortal encina te corona
Que en sus orillas Manzanáres cria.

VI. Pero así cómo debe á la Harmonía
La humana sociedad el beneficio
De aquel placer que se introduce al alma
En la quietud y silenciosa calma,
Ótros no ménos útiles la debe
Quando en medio del gozo y del bullicio
Agilita los miembros, y los mueve
De la festiva danza al exercicio.
El Jóven mas alegre, mas robusto,
Que baila sin cansancio, ni disgusto
Desde que muere el dia
Hasta que nace la siguiente aurora,
Ni la décima parte de una hora
Aquella agitacion resistiría,
Si tal celeridad y valentía
No le diese la Música sonora,
Que la fatiga incómoda convierte
En fácil diversion. No de otra suerte
Se rindiera el Soldado en su jornada,
Si faltase la marcha acompasada.
¿Qué Noble en un saráo no se alienta
Quando el minué le determina y cuenta
Claros y pareados los compases;
O quando la jocosa contradanza
Le dice múcho en póco, á semejanza
De las sucintas frases

A que el ingenio de un feliz Poëta
En el breve epigrama se sujeta?
El rústico Aldeano,
No ménos que el plebeyo Ciudadano,
¿En qué bárbaro clima
Al baile no se anima
Con diversos tañidos,
Por costumbre heredados, nó aprendidos?
Dígalo solamente
El mas usual en la Española gente,
Que en dos compases únicos, ceñidos
A medida ternaria,
Admitir suele exôrnacion tan varia,
Que en ella los primores
Del gusto, execucion y fantasía
Apuran los mas diestros Profesores:
El airoso Fandango, que alegría
Infunde en Nacionales y Estrangeros,
En los Sabios y Ancianos mas severos.

VII. De esta suerte la Música los nombres
De deleitable y útil se merece;
Porque, despues que al Criador ofrece
Sus dones en el templo, y á los hombres
En público teatro congregados,
Distraccion ingeniosa proporciona,